



CAPITULO III

KARINA INGMARSDOTTER

DRASE una mañana de otoño. Los niños de la escuela gozaban su recreo del mediodía. Storm y su hija Gertrudis entraron en la cocina y se sentaron á la mesa; su madre Stina les sirvió café. No habían vaciado su taza, cuando una visita entró: Halfoor Halfoorson, joven campesino que había abierto un comercio en el barrio de la iglesia. Generalmente le llamaban Tims Halfoor, porque procedía de Timgard. Era un buen mozo, pero tenía el aire un poco desanimado. Madre Stina le sirvió también café y él se sentó junto á Storm.

La dueña de la casa hacía calceta sentada en un banquillo, ante la ventana, de manera que podía ver á los que pasaban por la calle. De repente se ruborizó, se inclinó para ver mejor, y dijo luego con aire y voz de simulada indiferencia:

—Me parece que el gran mundo se pasea hoy.

El joven comprendió, por su acento, que pasaba algo anormal; se levantó y, echando una ojeada al camino, vió á una mujer un si es no es encorvada y á un muchacho que se dirigían hacia la escuela.

—Si no me equivoco, esta es la propia Karina Ingmarsdöter—dijo la madre Stina.

—Sí, Karina en persona—afirmó Halfóor.

No añadió palabra; apartóse de la ventana, y, después de haber buscado algo así como un refugio á su alrededor, volvió á ocupar su sitio tranquilamente.

El verano último, cuando el padre de Karina, el Gran Ingmar, vivía aún, Halfóor había pedido la mano de Karina. La había cortejado por mucho tiempo, sin dejarse intimidar

por los peros y objeciones. La tradicional familia dudaba, no por ansia de dinero—ya que Halfóor era rico—sino porque su padre había gustado demasiado de la bebida; y se temía que el hijo hubiese heredado esta inclinación. Finalmente, se decidió darle la chica. El día de los esponsales quedó fijado, y, llegada la semana en que el pastor debía publicar las amonestaciones, Karina y Halfóor hicieron un viaje á Falun, para comprar la alianza y el libro de salmos. Pero, al regreso de este viaje, que había durado tres días, Karina declaró que no podía casarse con Halfóor. Lo había visto borracho una noche en Falun, y temía demasiado que se pareciese á su padre. Gran Ingmar, no queriendo forzar á su hija, significó al joven que lo despedía. Este se ofendió lo que no es decible. «—Haces caer sobre mí—dijo á Karina—una vergüenza insoportable. ¿Qué van á pensar de mí, al ver que me despachas afrentosamente? No hay derecho á obrar así con un hombre honrado como yo.»—Pero Karina no volvió atrás de su decisión, y Halfóor había que-

dado, á consecuencia de este asunto, desdichado y sombrío, siempre preocupado por la afrenta recibida de los Ingmarsson.

—¡Señor, Karina que se acerca—pensaba la madre de Stina,— y Halfoor está aquí! ¿Qué va á pasar?

No podía ya hablarse de reconciliación; desde el último otoño, Karina era la mujer de Elías Elof Ers-son. Su marido y ella habitaban en Ingmarsgard, y, á la muerte del Gran Ingmar habían tomado el gobierno de la granja. Ingmar habia dejado cinco hijas y un hijo, pero éste no estaba todavía en edad de sucederle.

Y Karina entró. Podía tener veinte y tantos años, pero jamás su aire debió de ser el de una joven. En otras partes la hubieran encontrado fea, pues, como todos los de su familia, tenia los párpados gruesos, los cabellos tirando á rojos y una línea dura subrayando la boca. Pero en estos lugares que la habían visto nacer, todo el mundo se complacía en ver cuan grande era su parecido con el viejo Ingmarsson.

Karina, al ver á Halfoor, no manifestó ningún sobresalto. Avanzó con flemática lentitud, y fué saludando sucesivamente á todos. Cuando tendió su mano al joven, éste avanzó la suya nada más lo necesario para que se tocasen las puntas de los dedos. Siempre un poco inclinada, Karina ante Halfoor bajó la cabeza más que de ordinario, mientras que Halfoor, enhiesto, no perdió una pulgada de estatura.

—Karina dá hoy un paseo—comenzó diciendo la madre Stina, mientras le ofrecía el sillón del pastor.

—Ya lo creo—respondió Karina;—buena cosa es andar cuando ha helado.

—En efecto, ha helado esta noche—observó el maestro de escuela.

Nadie parecía tener otra cosa que decir, y reinó el silencio.

Al fin, Halfoor se levantó y su movimiento despertó á los otros como de un pesado sueño.

—Es necesario que me vuelva á mi comercio—dijo.

—Supongo que Halfoor no tiene tanta prisa—objetó la madre Stina.

—Espero que no soy yo quien hace salir á Halsoor,—añadió Karina.

Cuando se dirigia á él, su voz tomaba inflexiones humildes.

Desde que Halsoor volvió la espalda, el hielo se rompió, y Storm pareció recobrar el uso de la lengua. Contempló al muchacho que habia entrado con Karina. Tenia poco más ó menos, la edad de Gertrudis. Era pequeño, y de rostro dulce, dorado. Su aire, un poco aviejado, indicaba muy bien su origen, su familia.

—Me parece que Karina me presenta un discípulo—dijo el maestro de escuela.

—Es mi hermano—respondió Karina.—Él es ahora el Ingmar Ingmarsson.

—Muy pequeño es para este nombre—advirtió Storm.

—Sí; su padre ha muerto demasiado pronto.

—¡Gran verdad!—dijeron á la vez el maestro y su mujer.

—Estaba en el colegio de Talun—continuó Karina;—por eso no le habéis visto aún.

—¿Y Karina volverá á mandarle este año?

Karina bajó sus gruesos párpados y suspiró profundamente.

—Dicen que adelanta en la lectura—dijo á manera de contestación.

—Mi único temor es no tener ya nada que enseñarle. Tal vez ya es tan sabio como yo.

—¡Oh, no! El maestro de escuela es mucho más sabio, sin comparación, que ese muñeco.

Nuevo silencio que Karina rompió al fin con estas palabras:

—No se trata solamente de asistir á la clase. Quería pedir al maestro de escuela y á la madre Stina, si el pequeño podría vivir aquí.

Storm y su mujer se contemplaron estupefactos.

—Es que nosotros estamos ahí un poco estrechos—dijo el primero.

—Había pensado que os podría dar manteca, leche y huevos, á cambio de ese favor.

—¡Oh, en cuanto á esto...!

—Me hariais un favor muy grande.

La madre Stina comprendió que este ruego extraño, por parte de Karina, atestiguaba un gran deseo de que se fuese en su auxilio. Tomó una decisión súbita.

—Karina no tiene que añadir ni una palabra — contestó. — Haremos todo lo que podamos por los Ingmarsson.

—Gracias—respondió Karina.

Y, mientras ellas conversaban arreglando la cosa, Storm condujo el muchacho á la escuela, lo sentó en el banco al lado de Gertrudis, y no dijo más en el resto del día.

Durante una semana Tim Halfoor permaneció apartado de la escuela, como si hubiese temido encontrarse allí con Karina. Pero una mañana en que llovía á cántaros, y no podía esperar que viniese ningún cliente, su corazón se sintió invadido de una sombría desesperación. «No sirvo para nada. Nadie me quiere», pensó, acostumbrado á atormentarse á sí mismo, desde que Karina le había rechazado. Y se decidió á pasar por casa de la madre Stina, para darse el gusto de charlar con una persona caritativa y alegre. Cerró la tienda, abrochó su cazadora sobre el pecho, y subió á la escuela, entre la lluvia, el viento y los charcos.

Aún estaba en ella, feliz de sentir-

se allí, cuando sonó la hora del recreo de mediodía y Storm entró para tomar café, seguido de los dos niños. Los tres se llegaron á saludarle. El se levantó para saludar á Storm, pero cuando Ingmar le tendió la mano, se había ya sentado, y hablaba tan animadamente con la madre Stina, que no pareció ver al muchacho. Ingmar, silencioso, volvió á la mesa, y suspiró como Karina había suspirado días pasados.

—Halfoor ha venido á enseñarnos un reloj nuevo—dijo la madre Stina.

Halfoor sacó de su bolsillo un reloj de plata, un bonito reloj nuevo, no muy grande, con una flor de oro sobre la tapa. El maestro de escuela lo abrió, fué á buscar un lente de aumento, que se puso en el ojo, y examinó el movimiento. No se cansaba de contemplar la delicadeza de las ruedas y la ingeniosidad maravillosa del engranaje. El buen viejo no había visto en su vida un trabajo tan bello. Al fin, devolvió su reloj á Halfoor, quien volvió á metérselo en el bolsillo, sencillamente, sin la alegría y el orgullo que nos dan los

cumplidos de quien nos felicita por lo que poseemos.

Ingmar comía en silencio. Pero, cuando hubo terminado el café, preguntó á Storm si entendía de relojes.

—Sí—respondió el maestro,—ya sabes que entiendo de todo.

Entonces Ingmar sacó de su chaleco una especie de patata de plata, que parecía aún más grosera y fea después de haber visto el reloj de Halfoor. La cadena era también ordinaria y pesada. No había ya cristal sobre las agujas; el esmalte del horario había saltado en varios lugares, y la tapa no tenía más adorno que una abolladura.

—El reloj está parado—dijo Storm, apretándolo contra su oreja.

—Sí—respondió Ingmar;—y quisiera saber si puede arreglarse. ¿Qué os parece?

Storm lo abrió y oyóse un ruido como si todos los resortes saltasen.

—¡En este reloj han debido de hundirse clavos! Nada puede hacerse de él.

—¿El relojero Erik no podría hacer algo?

—Como yo: nada. Es mejor que lo

mandes á Falun; allí le pondrán ruedas nuevas.

—Sí, eso me parece—dijo Ingmar, tomando de nuevo su reloj.

—Pero, Dios mio, ¿cómo te las has arreglado, para ponerlo en este estado?

El muchacho se llevaba á la boca las migajas de la comida, y le ahogaban las lágrimas.

—Es el reloj de mi padre—murmuró.—El gran tronco de árbol que tumbó á mi padre, lo aplastó.

Estas palabras motivaron un gran silencio. Todos prestaron oído.

—Yo estaba en casa—continuó el chico con esfuerzo,—pues atravesábamos las vacaciones de Pascua, y fui el primero en llegar á la orilla en que mi padre estaba tendido. Apretaba el reloj entre sus dedos: «Soy hombre muerto, Ingmar, me dijo; siento mucho que el reloj esté estropeado, porque quiero que lo des á un hombre con el cual he obrado mal; salúdale en mi nombre.» Y me dijo como se llamaba. Después me dijo que mandase componerlo en Falun. Pero como no he vuelto más á Falun, no sé que debo hacer.

El maestro de escuela empezó en seguida á discurrir si conocía á alguien que tuviese que ir próximamente á Falun, pero la madre Stina interrumpió:

—¿A quién debías entregar este reloj, Ingmar?

—No sé si puedo decirlo.

—¿No será á Tims Halfoor, aquí presente?

—Sí, á él es—murmuró el niño.

—Entonces dáselo tal como está; él lo preferirá así.

Ingmar se levantó dócilmente, restregó el reloj con su manga, para sacarle todo el brillo posible y atravesó á grandes pasos la sala.

—Vengo á saludaros de parte de mi padre—dijo á Halfoor,—y á entregaros esto.

Cuando Ingmar se acercó y se detuvo delante él, Halfoor, que había permanecido sombrío y silencioso, volvió los ojos y fijó en la dueña de la casa una de esas miradas que parecen implorar socorro.

—¡Dichosos los que procuran la paz!—dijo ella.

Él hizo un ademán, como para rechazar el reloj.

—Creo—pronunció Storm,—que Halfoor no debe pedir mejor satisfacción: yo he dicho siempre que, si Ingmar Ingmarsson hubiese vivido, hubiera dado hace tiempo á Halfoor la satisfacción que Halfoor merece.

Entonces el joven, siempre mirando á otra parte, extendió la mano, tomó el reloj, y cuando lo sintió entre los dedos, lo hundió bajo su cazadora y aún bajo su chaleco.

—¡A este reloj no lo van á robar!—dijo el maestro de escuela riéndose del cuidado con que Halfoor abrochaba su vestido.

Halfoor se echó á reír á su vez. Después se incorporó; los colores volvieron á sus mejillas; su respiración era profunda, y la mirada que paseaba á su alrededor llena de franqueza y alegría.

—Creo que Halfoor experimenta una especie de vida nueva—dijo la madre Stina.

El joven atravesó la sala, y llegóse hasta Ingmar que había vuelto á sentarse á la mesa.

—Puesto que yo he aceptado el reloj de tu padre—dijo,—tú aceptarás el mío.

Colocó el reloj nuevo sobre la mesa y salió de la habitación, sin una palabra de despedida.

Todo el día rodó por caminos y vericuetos. Algunos campesinos de Vertgarden, que habían venido por negocios le esperaron ante su tienda cerrada, desde el mediodía hasta la noche. Tims no compareció.

* * *

Elof Ersson, el que se había casado con Karina, había sufrido á un padre malo y avaro, que trató siempre con severidad implacable á su hijo. Cuando chico, apenas le daba la comida necesaria; ya mayor, no le había tolerado ningún esparcimiento; no le dejaba levantar mano del trabajo; nunca le permitió bailar ni siquiera descansar el domingo. El matrimonio no había modificado mucho su condición. Obligado á meterse en Ingmarsgard, y á obedecer á su suegro, había encontrado también en la vieja granja las ideas fijas de labor y de ahorro. [Mientras Ingmar Ingmarsson vivió, Elías parecía satisfecho y se aplicaba, sin quejarse, á los trabajos de su dura servidumbre.

Todo el mundo decía que los Ingmarsson habían encontrado, al fin, yerno á su gusto, porque Elías no conocía en el mundo más que el trabajo.

Pero desde que el Gran Ingmar hubo muerto, el yerno modelo empezó á beber y á llevar una vida desenfrenada. A todos los troneras de la comarca, él los descubría, y los invitaba á que viniesen á Ingmarsgard ó corría con ellos bailes y tabernas. No pasaba día sin emborracharse. Pocos meses bastaron para convertirle en un desecho. La primera vez que Karina le vió borracho, semejante espectáculo le paralizó.—«Dios me castiga, pensó inmediatamente, por haber obrado mal con Halfoor.»—No dirigió á su marido ningún reproche, ninguna amenaza, sintiendo ya que era como un árbol condenado á la podredumbre y del cual no le cabía esperar apoyo ni sombra. Pero las hermanas de Karina, menos razonables, y á quienes esta vida desarreglada, esta zalagarda de orgias y canciones tabernarias—que aun desde la carretera se oían surgir de la

vieja granja,—llenaban de vergüenza, rompieron en sarcasmos y en invectivas contra Elías, de modo que él, aunque en el fondo era de buena pasta, entró á menudo en violentas cóleras. Todo lo cual trajo á la casa grandes discordias.

Karina no pensaba en otra cosa que en casar á sus hermanas, en libertarlas de la angustia en que ella vivía. Durante el verano casó á las dos mayores, y las dos menores, fueron enviadas á América, en donde algunas personas de la familia se habian ya establecido y hecho fortuna. Cada una recibió su porción de herencia: veinte mil coronas. Karina obtuvo la granja, pero quedó sentado que el joven Ingmar la adquiriría á su mayor edad, y que entonces Elías y su mujer se marcharían á otra parte.

Pareció asombroso que Karina, con su torpeza é irresolución aparentes, llegase á preparar todo eso, enteramente sola, sin ayuda de nadie, logrando que levantaran el vuelo tantos pájaros, dándoselo todo, maridos, ajuares, billetes para América. Sin embargo, lo que más le preocupa-

ba era su hermano, que ya se llamaba ahora Ingmar Ingmarsson. Aún más que sus hermanas, Ingmar se sublevó contra Elías, no con palabras, sino con actos. Un día tiró todo el aguardiente que su cuñado habia comprado, y éste le sorprendió otro día ocupado en aguar sus licores.

Cuando, al llegar el otoño, Karina insistió en que volviese al colegio, su marido, que era el tutor del niño, se opuso.

—Ingmar será labrador, como yo, como tu padre y como el mío—declaró Elías.—¿Qué haría en el colegio? En invierno, él y yo iremos al bosque á carbonar. Es la mejor instrucción que puede dársele. Yo, á su edad, pasaba todo el invierno en la choza de un carbonero.

Karina no pudo vencer su resistencia, y debió resignarse á quedarse con Ingmar. Elías quiso ganarse el cariño del chico. Se lo llevaba á todos sus viajes; hacia que, aunque harta mala gana, le siguiese; pero el muchacho se negaba obstinadamente á tomar parte en las borracheras de su cuñado. Cuando partían, éste juraba que no iría sino

á la iglesia ó á la tienda del especiero; pero en cuanto Ingmar estaba instalado en la carreta, lanzaba ésta al trote, y ya solo la detenía ante la fragua de Bergsana ó la posada de Karmsund. Al principio, Karina estaba contenta de que se hiciese acompañar por Ingmar; era una garantía de que no iba á quedar dormido en un foso y no reventaría el caballo.

Una mañana, hacia las ocho, Elías entró conduciendo á Ingmar dormido.

—Ven á recogerlo, y éntralo—gritó á su mujer.—El chico se ha emborrachado. No puede tenerse sobre sus piernas.

Karina se impresionó tanto, que sus rodillas se doblaron y tuvo que sentarse un instante sobre un escalón. Cuando tomó el niño entre sus brazos, ya no dormía, pero estaba frío, sin conocimiento, como muerto. Le llevó al cuartito, y allí, encerrándose con él, intentó reanimarlo. Algunos instantes después, vino á encontrar á Elías, que se había sentado á la mesa para almorzar, y le puso la mano sobre el hombro:

—Te aconsejo—le dijo,—que comas con apetito; porque si has matado á mi hermano, tendrás en lo futuro vida más perra que en Ingmarsgard.

—¿Qué quieres decir?—replicó el marido.—¡Un poco de aguardiente no daña tanto!

—Lo dicho, dicho—insistió Karina, hundiéndole en el hombro sus dedos flacos y fuertes.—¡Si muere, no te escapas de veinte años de presidio, te lo juro, Elías!

Cuando volvió al lado de su hermano, éste había vuelto en sí, pero en sus miembros, que no podía mover, sentía dolores vivísimos.

—¿Crees que voy á morir, Karina?—dijo.

—¡No, hombre!—contestó ella, sentándose á la cabecera.

—Yo no supe lo que me daban.

—Gracias sean dadas á Dios—dijo Karina gravemente.

—No lo sabía, no; te lo juro.

Durante todo el día, Ingmar deliró.

—Sobre todo, no digas nada á padre—imploraba.

—No, hombre. Nadie le dirá nada.

—Pero si me muero, padre lo sabrá, y yo me avergonzaré, porque pensará que debía haberme guardado de lo que me ofrecía Elías. ... ¿Crees—proseguía,—que todo el mundo sabe en el pueblo que yo estaba borracho? ¿Qué dicen los criados de la vieja Lisa? ¿Y Stark?

—No dicen nada.

—Tú les contarás la historia..... Mira; ellos habían bebido toda la noche, mientras yo me dormí en un banco... Fué en la posada de Karm-sund... Entonces, Elías vino á despertarme, y me dijo cordialmente:—«Sube, Ingmar, á ver si te doy algo que te caliente... Bebe eso. Es agua con azúcar.»—Yo tenía frío, y cuando probé el vaso que me ofrecía, solo noté que aquello era caliente y azucarado... También era muy fuerte... ¿Y ahora, qué dirá padre?

Karina abrió la puerta, para que Elías, que aún estaba comiendo, oyese:

—¡Ah, si padre viviese!...—continuó el muchacho.

—¿Por qué, Ingmar?

—¿No te parece que me mataría? Elías soltó una risotada, y oyendo

esta risa, el niño se volvió tan pálido, que su hermana [se apresuró á cerrar de nuevo la puerta.

Sin embargo, á consecuencia de este incidente, Elías, bastante intimidado, no se opuso á que Karina condujese á Ingmar á casa del maestro de escuela.

* * *

Durante los primeros tiempos en que Halfoor poseyó su reloj, nadie iba al barrio de la Iglesia sin encontrar un pretexto para entrar en la tienda y hacerse contar la historia. Los campesinos, envueltos en sus largas pellizas blancas, permanecían horas enteras con los codos sobre el mostrador, vueltas las caras arrugadas y serias hacia el joven, mientras éste hablaba del Gran Ingmar. Hacia el fin de la narración echaba mano á su reloj de tapas abolladas y horario cuarteado.

—¡Ah!—decían entonces los campesinos.—Aquí alcanzó el golpe.

Y toda la escena revivía á sus ojos.

—En verdad—añadían,—que es grande privilegio, Halfoor, poseer este reloj.